

CUERPO, SUBJETIVIDAD Y SOCIALIZACIÓN EN LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

Analía Emmerich.

Universidad Nacional de La Plata.

analiamer@yahoo.com.ar

Mario Martínez.

Universidad Nacional de La Plata.

mariogmartinez2011@gmail.com

RESUMEN

Desde un enfoque interdisciplinario amplio y complejo, superador de todo reduccionismo, podemos afirmar que la construcción de la subjetividad comienza sumamente temprano para el ser humano. No solo porque antes de su nacimiento hubo alguien que lo pensó, sino porque también fue anticipado transgeneracionalmente; esos “otros” que lo preceden delimitaron un pasado no solo a nivel familiar sino también en lo histórico-social. Con el nacimiento el cuerpo, base biológica y sede posibilitadora de todo lo que advendrá, irá recorriendo desde la infancia diferentes resignificaciones en un tiempo que, sabemos desde el Psicoanálisis, no necesariamente es concebido linealmente; más particulares serán aún las transformaciones con la llegada de la pubertad que dará inicio a la adolescencia, época de duelos y marcadas reorientaciones. A lo largo del recorrido de su desarrollo el sujeto va insertándose en diferentes instituciones de formación, las que a la vez no serán ajenas a las representaciones imaginarias de un determinado tejido social, representaciones que encontrarán en los diferentes medios masivos de comunicación y redes sociales no solo su lugar de expresión sino un espacio que redetermina al

sujeto su modo de mostrarse, percibirse y gozar, reservando además un lugar preponderante a los fenómenos actuales de globalización.

Palabras clave: cuerpo, subjetividad, socialización, infancia, adolescencia.

Presentación

La infancia y la adolescencia pueden ser entendidas como momentos significativos en la vida del ser humano durante los cuales ocurren grandes transformaciones en la subjetividad. El proceso de desarrollo iniciado en la niñez, comenzado efectivamente desde el nacimiento y posibilitado por condiciones biológicas traídas y derivadas de la historia de la especie humana, se encauza en interrelación con el medio social y cultural próximo que auxilia al niño en sus necesidades biológicas, psíquicas y sociales. El proceso de crianza y desarrollo desde la infancia logra ir abriendo posibilidades de construcción subjetiva que sienta bases para la vida en sociedad. De esta manera prosperan de un modo saludable capacidades y logros importantes del ser humano vinculados al desarrollo afectivo, cognitivo, lingüístico, psicomotor, social. Las modalidades de expresión subjetiva gracias a las posibilidades de jugar, dibujar, escribir, contribuyen a la creciente socialización ya iniciada en el seno de la familia, no exceptuando un atravesamiento institucional más amplio que alcanza al nuevo ser venido a un mundo construido por seres humanos que lo preceden en el presente y lo han precedido en un pasado histórico construido a través de las generaciones. Tal proceso de socialización se continúa en el tiempo en el ámbito de otras instancias institucionales; en la sociedad occidental se destacan las instituciones educativas como aquellas en las cuales niños, niñas y adolescentes verán transcurrir sus vidas intensamente durante los primeros años; ellos tendrán sus primeras experiencias a través de ámbitos sociales cada vez más amplios.

Con el transcurso de los años y considerando a su vez la cuestión de la temporalidad no necesariamente desde un enfoque lineal, según el paradigma de la ciencia positiva, sino ante todo como un proceso abierto a múltiples posibilidades según el paradigma de la complejidad, el sujeto comienza a

abandonar su infancia a partir de las transformaciones corporales propias de la pubertad; se inicia así, tarde o temprano en ese contexto de situación, un trabajo psíquico adolescente para elaborar, simbolizar dichos cambios, no solamente circunscribiéndose en el cuerpo cambiante sino en las nuevas oportunidades que se abren en la sociedad, el encuentro con otros, la desidealización de los padres de la infancia, coincidiendo con duelos sobre la identidad infantil perdida. La temática del cuerpo es central en este proceso, atravesando dicha problemática la constelación psíquica del sujeto.

Por su parte la sociedad, que circunda al ser humano en proceso constante de socialización, brinda sus propias construcciones representacionales sobre qué debe entenderse por sujeto, cuerpo, género, familia, parentalidad, niñez, adolescencia, entre otras cuestiones ligadas a la subjetividad construida socialmente y sus características esperadas. En el marco del proceso de socialización la influencia de los medios de información y comunicación es relevante en la sociedad actual en tanto portadores de diferentes discursos cuyos contenidos ofertan posibilidades de construcción identificatoria a sus destinatarios a través de sus enunciados, y que la globalización ha contribuido a su considerable expansión según sean las posibilidades y recursos de los sujetos usuarios de diversas redes sociales.

Es a través de un enfoque interdisciplinario amplio y complejo, superador de todo reduccionismo, que podemos afirmar que la construcción de la subjetividad comienza sumamente temprano en el ser humano. No solo porque antes de su nacimiento hubo alguien que lo pensó sino porque además fue anticipado transgeneracionalmente; esos "otros" que lo preceden delimitaron un pasado no solo a nivel familiar sino también en lo histórico-social. Con el nacimiento el cuerpo, base biológica y sede posibilitadora de lo que advendrá, irá recorriendo desde la infancia diferentes resignificaciones en un tiempo que, sabemos desde el Psicoanálisis, no necesariamente es concebido de un modo lineal; más particulares serán aún las transformaciones con la llegada de la pubertad que dará inicio a la adolescencia, época de duelos y reorientaciones. A lo largo del recorrido de su desarrollo el sujeto va insertándose en diferentes instituciones de formación, las que a la vez no serán ajenas a las

representaciones imaginarias de un determinado tejido social, representaciones que hallarán en los diferentes medios masivos de comunicación y redes sociales no solamente su lugar de expresión sino un espacio que redetermina al sujeto su modo de mostrarse, percibirse y gozar, reservando además un lugar preponderante a los fenómenos actuales de globalización.

Infancia y proceso de socialización

La infancia y la adolescencia pueden ser entendidas, en el contexto del desarrollo psíquico, como momentos significativos en la vida del ser humano durante los cuales ocurren importantes transformaciones en la subjetividad. El proceso de desarrollo iniciado en la niñez temprana, habiendo comenzado el mismo desde el nacimiento del nuevo ser y posibilitado por condiciones biológicas traídas y derivadas de la historia de la especie humana, se encauza en adelante en interrelación con el medio social y cultural próximo que auxilia al niño en sus necesidades biológicas, psíquicas y sociales. Cabe añadir a esta cuestión que el grupo familiar (siendo ésta una denominación específica) ya vio iniciada su preparación para la acogida del nuevo infante desde antes del nacimiento del mismo, desde su gestación u otro camino tendiente al proceso de filiación, a saber, los casos de adopción legalizados. Piera Aulagnier (1975), reconocida psicoanalista francesa, dedicó gran parte de su carrera a explicar de qué manera el trabajo identificador de un sujeto empieza mucho antes de su nacimiento, allí en las particularidades del discurso materno que lo precede. En tales situaciones, y es esperable para garantizar la salud psíquica, puede entrar en juego el deseo por parte de los adultos implicados de convertirse en padres y dar lugar al hijo con derecho a ser un sujeto autónomo, pensante y deseante, aunque dependiente del otro cultural sobre todo en sus primeros años de vida. El proceso de crianza y desarrollo en la infancia logra abrir posibilidades de construcción psíquica que establezca bases esenciales para la vida en sociedad. De este modo prosperan de una manera saludable capacidades y logros importantes en el ser humano vinculados al desarrollo emocional, cognitivo, lingüístico, psicomotor, social. Se constituyen progresivamente modalidades de expresión psíquica a través de las posibilidades que ofertan las actividades de jugar, dibujar, escribir. Estos

caminos para la expresión guardan estrecha relación con la manera en que el niño logró construir una concepción sobre el propio cuerpo y sus vinculaciones con el medio relacional que lo acoge. Este aspecto es importante en tanto que el sujeto se instala en el mundo a través de su presencia corporal, física, no solamente entendida desde el plano biológico sino además como construcción socio-cultural y representación psíquica. David Le Breton (1992), desde la sociología dedicada al estudio de la corporeidad humana, entiende al cuerpo en tanto fenómeno social y cultural, objeto de representaciones simbólicas y susceptible de ser moldeado por el contexto en el cual el sujeto habita.

Los logros alcanzados pueden contribuir así a la creciente socialización ya iniciada en el seno del grupo familiar, no exceptuando en un primer momento la existencia de un atravesamiento de índole institucional más amplio que alcanza al infante venido y acogido en un mundo construido por seres humanos que lo preceden en el tiempo presente y por aquellos que lo han precedido en un pasado histórico construido a través de las generaciones. Dicho proceso de socialización se continúa en el tiempo en el ámbito de otras instancias institucionales más allá de los límites de la organización familiar. En la sociedad occidental se muestran las instituciones educativas como aquellas en las cuales niños, niñas y adolescentes verán transcurrir sus vidas intensamente durante esos primeros años destinados a la enseñanza y aprendizaje de contenidos escolares, actualmente constreñidos estos últimos a ajustarse a los tiempos que transcurren respecto a los cambios sociales, culturales, tecnológicos. Para ello los educadores deben adaptarse en razón de nuevas modalidades didácticas y de la comprensión de las formas de pensamiento en la actualidad. Más allá de las transformaciones sociales y de la subjetividad actual, niños, niñas y adolescentes continuarán teniendo, al igual que en épocas anteriores propias de la modernidad, sus primeras experiencias a través de círculos sociales cada vez más amplios. En relación a ello Donald Winnicott, importante psicoanalista inglés, afirma lo siguiente: "...el niño se va viendo, poco a poco, capacitado para enfrentarse con el mundo y todas sus complejidades, ya que cada vez ve más y más cosas de las que se hallan presentes en su propia personalidad. Mediante una serie de círculos, cada vez

más amplios, de la vida social, el niño se identifica con la sociedad, ya que la sociedad local es una muestra del mundo personal del ser además de ser muestra de unos fenómenos verdaderamente externos.

Así es como se desarrolla una verdadera independencia en la que él se halla en situación de vivir una existencia personal satisfactoria al mismo tiempo que se ve envuelto en los asuntos de la sociedad.” (1975: 109-110)

Transformaciones corporales de la pubertad y proceso adolescente

La infancia transcurre a través de logros psíquicos y sociales significativos; el ser humano en ese momento de la vida se halla vivenciando ciertas experiencias relacionales que dejarán huella en la subjetividad. El niño atraviesa un proceso de organización psíquica posibilitado en gran medida por su medio social próximo que lo incita y promueve en la salud a experiencias intersubjetivas y culturales garantizando un adecuado desenvolvimiento socializador. A medida que la niñez va prosperando en relación a logros y capacidades esperables, según pautas sociales establecidas, el sujeto en proceso de organización llega a encontrarse en esos primeros años con eventos vinculados a su propio cuerpo en gran parte originados por mecanismos biológicos de índole hormonal, los cuales lo enfrentarán con la necesidad de elaborarlos simbólicamente para asimilarlos a su organización psíquica y hacer algo con ellos. Tales eventos que sorprenden tienen que ver con las transformaciones corporales propias de la pubertad. El sujeto comienza a abandonar su infancia a partir de estos cambios que aparecen irrumpiendo en el relativo equilibrio mental logrado en momentos avanzados de la niñez. La pubertad se desarrolla definiendo las características de las personas en tanto seres sexuados en relación a aquellas transformaciones corporales de origen neuro-hormonal que condicionarán la genitalidad y los encuentros íntimos forjados en el seno de las relaciones interpersonales. Pero el desarrollo del ser humano es más que ello; los aspectos que lo definen como tal entran en escena. Se inicia de este modo, a posteriori o conjuntamente, un trabajo psíquico adolescente de elaboración que consiste en poder simbolizar dichos cambios. Continuando con los desarrollos teóricos promovidos desde el

psicoanálisis y sus autores, Philippe Gutton (1993) diferencia claramente entre sí dos categorías conceptuales que en la experiencia se entrecruzan y se confunden en sus manifestaciones, a saber, “lo puberal” y “lo adolescente”. “Lo puberal” se refiere esencialmente a los cambios que acontecen en el plano del cuerpo biológico. La existencia de un funcionamiento prefijado y estipulado de los sistemas nervioso y endocrino, que impulsa en los tiempos de la pubertad una considerable producción hormonal, va a contribuir a una conformación física en calidad de seres sexuados gradualmente definida y ligada a aspectos morfológicos y funcionales según una lógica genital.

“Lo adolescente” se refiere en cambio al trabajo psíquico concomitante de elaboración de las transformaciones que acontecen en el plano de lo real biológico. La identidad de género puede hallar su solución en el contexto de los procesos psíquicos propios de la adolescencia, superando así la tendencia determinista impuesta por la disposición biológica de los sexos.

La temática del cuerpo es central durante el transcurso del desarrollo, atravesando dicha problemática la constelación psíquica del sujeto. Este proceso subjetivo no solamente se circunscribe al cuerpo cambiante, sino que además se amplía hacia los nuevos caminos que se abren en la sociedad para los adolescentes y jóvenes en general, nuevas relaciones, nuevos vínculos, nuevas pautas de pensamiento y de acción. El encuentro con otros, la emergencia del vínculo de pareja, la importancia del grupo de pares que sirve a la identificación, a la participación y a la contención respecto de las experiencias vividas, la creciente desidealización de los padres de la infancia que han cambiado su valor para el adolescente que fue otrora niño, no siendo ya las figuras grandiosas de antaño para el mismo sujeto que ahora adolece; todo ello coincide con la necesidad de emprender trabajos de duelo de la identidad infantil perdida y sus modalidades de relación en un contexto de trabajo psíquico laborioso sobre las vivencias de un presente derivado de un pasado que tendrá que devenir en historia subjetiva, y pudiendo el adolescente proyectarse de esta manera hacia un futuro personal promisorio respecto a las pautas y posibilidades que ofrece el mundo social y cultural. En relación a ello Sigmund Freud (1905), padre del Psicoanálisis, propuso que no es sino en y a

partir de la prohibición del incesto que el niño se aleja críticamente de sus padres insertándose en un núcleo extrafamiliar y exogámico como condición necesaria y posibilitadora de la conformación de nuevos grupos.

Cabe añadir que la cuestión de la temporalidad en el estudio de la infancia y la adolescencia no necesariamente es abordada desde una perspectiva exclusivamente lineal según el paradigma de la ciencia positiva, sino que desde la teoría psicoanalítica y demás ciencias humanas se propone ante todo comprender el desarrollo como un proceso abierto a múltiples posibilidades según el paradigma actual de la complejidad, perspectiva epistemológica en ciencias sociales en que Edgar Morin (1994) se destaca como uno de sus exponentes principales en calidad de filósofo y sociólogo francés dedicado a temáticas propias de la subjetividad y cultura de nuestro tiempo, centrándose en la teoría de la complejidad ya iniciada en el campo de las ciencias físicas y aplicada conceptualmente a las ciencias humanísticas.

Los medios de comunicación y las representaciones sociales del cuerpo

La sociedad que circunda al ser humano en proceso constante de socialización oferta sus propias construcciones representacionales sobre qué debe entenderse por sujeto, cuerpo, género, pareja, familia, funciones parentales, niñez, adolescencia, entre otras cuestiones ligadas a la subjetividad construida socialmente y sus características esperables. En el contexto del proceso de socialización la influencia de los medios de información y comunicación es relevante en la sociedad actual en tanto portadores de diferentes discursos cuyos contenidos ofertan posibilidades de construcción identificatoria a sus destinatarios a través de sus enunciados, y que la globalización a contribuido según su alcance planetario a su considerable expansión según sean las posibilidades y recursos de los sujetos usuarios de diversas redes sociales y otras vías de comunicación inmediata, la telefonía móvil.

Más allá de los límites del psiquismo infantil y adolescente se hallan las representaciones construidas socialmente en los diversos contextos colectivos, representaciones construidas a través de la historia según las diferentes sociedades. La infancia, invisibilizada durante tiempos prolongados de la

historia occidental, fue ganando terreno en el interés de la ciencia, la filosofía, las artes, en tanto ésta fue concebida como una “etapa” de la vida preparatoria para las actividades propias de la adultez gracias a convenciones sociales, y cuyo organizador era y sigue siendo en gran medida el trabajo. Luego la infancia fue tomando un carácter cada vez más específico de su propia problemática. De este modo durante el Siglo XX prosperaron diversas corrientes psicológicas, pedagógicas y sociológicas que centraron su atención sobre el niño, sus procesos de desarrollo, su lugar social, su status epistemológico y metodológico.

Posteriormente surge la adolescencia como categoría a abordar desde diversas ciencias humanas. La adolescencia, y su diversidad cultural, es una construcción conceptual surgida en el mundo occidental durante el siglo XX. Al igual que la infancia, al interior de la noción de adolescencia, o adolescencias si se tiene en cuenta la diversidad, tiene gran protagonismo el sistema educativo fundado y organizado en base a una orientación hacia el mundo del trabajo. Tales cuestiones colaboran en la delimitación de los procesos adolescentes desde un costado singular y a su vez cultural. Los medios de comunicación han contribuido de un modo decisivo desde su surgimiento a la expansión global de representaciones, hechos históricos, discursos, que más de una vez han tenido como protagonistas a jóvenes entusiastas y esperanzados en la posibilidad de un mundo mejor. Actualmente las grillas televisivas, por ejemplo, abundan en programas destinados a poblaciones de niños y adolescentes con contenidos organizados principalmente por adultos según previos sondeos de opinión y observación de comportamientos y costumbres, y que dan lugar prioritario a la promoción de actos de consumo. La publicidad es un tema de reflexión que incumbe a este campo de indagación.

La representación del cuerpo, mejor dicho de los cuerpos y los ideales estéticos, es otra construcción que dicta las tendencias de cómo han de verse las personas para su aceptación en ciertos círculos sociales. La corporeidad supone aspectos biológicos, históricos, sociales y culturales; éstos son posibilitadores de la emergencia de un cuerpo psíquico en relación a la representación mental que se logra construir de él durante los primeros años

de la infancia, y que luego continuará edificándose de un modo flexible, y hasta por momentos inestable, durante la adolescencia hasta poder alcanzar cierta estabilidad en la adultez. Sin embargo dicha construcción psíquica se organiza en un contexto cultural preexistente que moldea desde el comienzo de la vida del nuevo ser, y con asistencia del otro cultural a cargo de su cuidado, su representación del propio cuerpo. Ello se debe a que el sujeto se halla abierto con su constitución psíquica al mundo social que le transmite sus valores, por ejemplo estéticos, sus discursos sobre el cuerpo y cómo ha de mostrarse ante la mirada atenta de los demás, como así también demás características que debería presentar un sujeto surgido en un momento histórico y social prefigurado por los avatares de la historia, actualmente organizado a partir de los adelantos tecnológicos, la intensidad de la comunicación y los flujos de información que provienen desde variados sectores del mercado.

A manera de un breve ejercicio de reflexión se puede afirmar que en la actualidad la humanidad se halla atravesada en mayor o menor medida (según el sector geográfico del que se trate) por el paradigma mercantilista de consumo, favorecido por la interconectividad mediática y los avances de la publicidad. Los efectos de la globalización atraviesan las fronteras políticas, geográficas y culturales, homogeneizando de este modo la oferta y la demanda en diferentes grupos humanos. La sociedad de consumo, inspirada en su origen en los avances industriales y tecnológicos del mundo occidental y que se halla aún expandiendo hacia otras culturas, marca la agenda con respecto a los actos de consumo en torno a ofertas y demandas de productos materiales e ideales, entre ellos los valores estéticos que organizan la apariencia de los cuerpos como así también sus modos de goce, a saber, diversas experiencias sexuales, consumo de sustancias tóxicas y adictivas, entre otros.

Conclusión

El presente ensayo procuró abordar la problemática de la infancia y la adolescencia en calidad de momentos significativos en la vida del ser humano durante los cuales ocurren grandes transformaciones en la subjetividad. Se enfatizó en el proceso de desarrollo desde una perspectiva epistemológica

compleja, tomando los aportes de Edgar Morin al amplio campo de las ciencias sociales que incluye a la subjetividad y a la cultura en tanto dimensiones del ser humano no reductible a categorías simples y escasas. El proceso de socialización iniciado en la infancia temprana, aun desde el nacimiento, halla su continuación en el transcurso de la niñez, la pubertad y la adolescencia. Donald Winnicott puede arrojar luz al entendimiento del desarrollo emocional del niño y del adolescente que a su vez se articula con los procesos que llevan a una creciente socialización de los seres humanos, logrando grados de independencia cada vez mayores. Siguiendo con aportes de autores formados en el psicoanálisis, se tuvieron en consideración los planteos teóricos de Philippe Gutton; con respecto a ellos se llegó a un principio de diferenciación entre los conceptos “lo puberal” y “lo adolescente”, los cambios en el cuerpo real y la concomitante elaboración psíquica de los mismos respectivamente.

La cuestión más vinculada al cuerpo y a la emergencia de una representación psíquica correspondiente se presentan como elementos centrales en el proceso de construcción identitaria, de género, de la subjetividad. Le Breton, desde el campo de la sociología, abre una perspectiva teórica multidimensional al referirse al cuerpo como un fenómeno que comprende representaciones socio-culturales y por ende históricas, extendiendo tal objeto de estudio al ámbito de la organización psíquica, por supuesto todo ello posibilitado por la existencia de un cuerpo orgánico con mecanismos de transformación propios, necesarios pero no suficientes.

Se trabajó, a manera de reflexión, la implicancia y la trascendencia de los discursos transmitidos a través de los medios masivos de comunicación e información en materia de construcción social de valores, ideales, de pautas culturales que versan sobre cómo han de ser presentados los cuerpos ante las miradas de los semejantes y las expectativas del mercado que organizan la lógica de funcionamiento de la sociedad actual globalizada. Es debido a que el mundo social al cual advienen los sujetos, en un momento delimitado de la historia, construye representaciones imaginarias acerca de qué debería entenderse por sujeto, cuerpo, características de género, familia, niñez, adolescencia; todo ello conformaría al conjunto de aspectos de la subjetividad

de nuestro tiempo. Las temáticas aquí abordadas, cuyos conceptos centrales fueron la infancia, la adolescencia y el cuerpo en tanto objeto de dimensiones variadas y complejas, de ninguna manera encuentran su conclusión en estas líneas de lectura. Este trabajo a modo de ensayo reflexivo lleva la impronta de una invitación a trabajos de pensamiento conjuntos que logren abrir debates enriquecedores entre varias disciplinas humanísticas, superando los reduccionismos biologicistas o de otra índole, y alentando a su vez el espíritu encarnado en la teoría de la complejidad en el campo más amplio de las ciencias sociales.

Bibliografía

Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En *Obras Completas*. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.

Le Breton, D. (1992). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Morin, E. (1994). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D. (1975). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo. En *El proceso de maduración en el niño* (pp.99-110). Barcelona: Ed. Laia.